



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina, S. M. la Reina Doña Maria Cristina y S. S. A. A. R. R. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 2.

ÉPOCA 2.^a

NÚM. 17.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Riús.

Se publica todos los domingos.

Valencia 27 Noviembre 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Crónica de teatros, por D. Dámaso Delgado Lopez.—¿Adónde vamos á parar? por D. Rafael Blasco.—La inundacion de Alcira.—Bibliografía, por D. P. M. Y.—Las ánimas (continuacion), por D. Carlos Frontaura.—¡Pobre Margarita! (poesia), por D.^a Victorina Ferrer y Saldana.—Mensageras de amor (poesia), por D. A. F. Grilo.—A su trenza (poesia), por D. Eduardo Gomez Mazparrota.—La hija del coronel Despard: novela original por D. Alejandro Buchaca y Freire (continuacion).

Láminas. Vista general de Alcira durante la inundacion, (en la madrugada del 5 de Noviembre de 1864).—Plazuela de Casasús después de la inundacion, (Alcira).

CRÓNICA DE TEATROS.



iguen los estrenos en los teatros de la Corte de arreglos y traducciones, casi todos con mal éxito. Los que se encuentran en este caso no quisiéramos citarlos en nuestra revista, puesto que con ello cre-

ríamos dispensar un favor general. Esta suerte ha cabido al drama de Tomeo y Benedicto, titulado *Jacobo Trezzo*, en tres actos y en verso; y se ha aplaudido la piececita de Pastorido, *Sistema homeopático*, egecutadas una y otra en el teatro de Jovellanos. Tambien se han estrenado en este teatro la comedia *De la mano á la boca*, y se ha repetido la zarzuela de Selgas, *De tal palo tal astilla*, que han sido justamente aplaudidas, lo mismo que los actores que en su egecucion han tomado parte.

La zarzuela *La campana de la ermita*, ha aparecido tambien en el teatro de Jovellanos con un éxito brillante, con lo que venimos á sacar la consecuencia de que éste es el teatro de la Corte que mas novedades presenta.

En los teatros de provincia, solo en Barcelona, en el del Odeon, se ha puesto en escena la ya conocida zarzuela titulada *L'aplech del remey*, cuya letra y música es original del popular fundador de la sociedad coral denominada Euterpe, D. Anselmo Clavé, la cual ha alcanzado un éxito asombroso; y además en el teatro *Principal*, el juguete *Delirium tremens*.

En el teatro de Calderon de Valladolid, ha habido otros dos estrenos, que siguiendo nuestro propósito no citaremos por su desgraciado éxito.

Ha vuelto á abrir sus puertas el régio coliseo de la plazuela de Oriente, de la Corte, con la inmortal partitura de Meyerbeer, titu-

lada *Roberto il diavolo*, con escogida y numerosa concurrencia que desde el primer momento ha llenado todas las localidades, y que aplaudió sin cesar y estrepitosamente á todos los actores, que fueron la Vitali, la Penco, Selva y Nicolini. Nos damos, pues, el parabien aunque de tal goce no disfrutemos, porque haya cesado el entredicho que pesaba sobre el primer teatro de España, y deseamos vaya desapareciendo el descontento del público con la empresa Bagier, ó que ésta truene de una vez.

Nuestros teatros *Principal* y *Princesa* han continuado con la brillantéz y animacion que en su principio, aunque eclipsándose en parte el bajo Cornago, y en todo nuestra antigua conocida la Sanchioli. Con todo el público está contento, pues que no le faltan continuas novedades. Entre las producciones dramáticas hemos visto *El honor de la casa*, *La oracion*, *Juan de las viñas*, *El Trovador*, *Pipo*, *Aventuras de un cesante*, *Los dos amigos y el dote*, *Paco y Manuela* y el sainete *El casado por fuerza*, y últimamente *Amor y miedo* y la piececita *Me conviene esta muger*.

Escusamos repetir nos han agradado, como siempre, Mata y García, lo mismo que las simpáticas actrices que en su egecucion han tomado parte.

En zarzuelas *En las astas del toro*, *El sargento Federico*, *Las hijas de Eva*, *Amar sin conocer*, y últimamente, *Zampa ó la esposa de mármol*, representada en el *Principal* el miér-

coles y jueves últimos, habiéndose aplaudido el coro final de bandidos del primer acto, por la precisión, armonía y arranques de los coristas.

Respecto á óperas ninguna otra novedad ha habido que *Marta*; habiendo en toda la quincena hecho el gasto, como se suele decir, *Poliuto*, y principalmente *I Puritani*, que cada día sale mejor, y donde el público colma de aplausos á todos los artistas.

Solo nos resta hablar del beneficio que en ambos teatros ha habido á favor de los perjudicados de Alcira, que á propósito hemos dejado para lo último.

En la *Princesa* para el beneficio de Alcira se puso en escena *Juan de las Viñas*, y el propósito *Aiguarse la festa*. En el *Principal* el primer acto del *Poliuto*, el aria del *Nabuco* por la señora Torricelli, el aria del *Barbero de Sevilla*, interpretada por Varvaro, y el terceto de *I Lombardi* por Cornago, Pavani y la Passerini.

Todos los artistas rivalizaron en su ejecución, recogiendo aplausos principalmente Cornago, Pavani y la Passerini, que fueron llamados tres veces á la escena, por la precisión, buen gusto y bravura, con que cantaron su parte.

El propósito *Aiguarse la festa*, del conocido poeta Sr. Liern, improvisado en pocas horas, consiguió el objeto que el autor se proponía de conmover al público con el tierno relato que tan bien supo decir el actor Mata, y con el simpático carácter del viejo verde y tacaño, que igualmente caracterizó muy bien Torromé.

La concurrencia coronó los esfuerzos del poeta, aplaudiéndolo, y llamándolo á la escena, terminándose, por último, esta función extraordinaria y benéfica con la conocida y graciosa zarzuela *En las astas del toro*.

En el inmediato número hablaremos de la representación dada por nuestra elegante aristocracia en el teatro Principal.

DAMASO DELGADO LOPEZ.

¿ADÓNDE VAMOS Á PARAR?

Carta de un tal Lopez á un tal Lanas.

Querido Lanas: absorto y meditabundo quedé al leer el epígrafe de tu carta, que es el mismo que lleva la mía. ¿Adónde vamos á parar? me preguntabas, y yo sin pasar adelante me abismé en profundas meditaciones sobre tan trascendental cuestión. Creí buena mente que tratabas en tu epístola del destino futuro del hombre y temblé por si la duda se habia abierto paso en tu corazón; juzgué despues que tu objeto era investigar la marcha de la sociedad y llegué á sospechar que me presentarías un nuevo calvario, donde se tratara de crucificar la religión de Jesucristo, siguiendo las huellas del célebre Gaume, ese erudito defensor de piadosos errores; últimamente, entre acongojado y curioso me lancé á leer tu carta para salir de dudas.

Buen chasco me llevé, caro Lanas, ¿adónde vamos á parar, me preguntas, con la educación que se dá á la muger y sobre todo con las costumbres que le impone la buena sociedad? ¿Adónde vamos á parar por este camino?

Despues de leer estas palabras respiré, como si me hubieran quitado de encima el monte Ararat, que no es un grano de anís ni mucho menos. El problema no era tan pavoroso como yo presentía; la cuestión no era tan difícil de resolver.

Allá en los buenos tiempos de nuestros abuelos, la muger era considerada como un eterno niño que necesitaba de una tutela perpétua. En sus primeros años obedecía sumisa y resignada los severos mandatos de su padre que no consultaba jamás su voluntad, sino que procuraba contrariarla; llegada á la juventud se resolvía por el mismo padre, en consulta con algun obeso guardian que tomaba chocolate todas las tardes en la casa, si debía consagrarse al claustro ó resig-

narse al matrimonio; si lo primero, se designaba el convento, y despues se le dirigía una terrible plática que terminaba con la intimación de que se habia dispuesto que tomase el velo, intimación ante la que era preciso bajar la cabeza y obedecer, por mas que el corazón se sublevaba contra semejante porvenir; si lo segundo, se elegía el marido de la misma manera que se eligen los géneros de buena calidad en un almacén y se le decía con un tono que no admitía réplica:—Ahí tienes el hombre que ha de ser tu compañero durante toda la vida.

Si la joven entraba en el convento, escusado es decir que habia abdicado por completo su voluntad hasta su muerte; si se casaba encontraba en el marido otro rígido tutor con ribetes de domine, que completaba la obra de aislamiento y de sumisión que habian comenzado sus padres, y si por acaso enviudaba, volvía otra vez á colocarse bajo el absoluto poder paterno ó recaía en el de los parientes de su marido.

Ya ves, amigo Lanas, que este sistema de educación no era muy perfecto que digamos, era un reflejo del poder absoluto de los reyes llevado al seno de la familia, y contra sus decretos no habia otro tribunal de apelación que el de Dios.

La muger, joven ó vieja, oía misa todas las mañanas, no faltaba á las novenas de la parroquia, donde entonaba á grito pelado los gozos del santo, andaba detrás de todas las procesiones ó las veía devotamente desde un balcón; no se olvidaba de rezar el *Angelus* á la oración, ni las *Animas* á las ocho de la noche, ni el rosario poco despues, y solo se permitía algun paseo con la familia los domingos, paseo que terminaba en la portería de un convento donde los transeúntes acudían á beber agua del pozo del patio, que siempre era la mejor de todo el contorno. Alguna vez asistía la familia á una reunión que terminaba á las nueve de la noche, en casa de algun rico droguista ó algun médico jubilado, donde se jugaba á la peregila y donde una joven solo podía encontrar el ligero percance de que un pisaverde atrevido le tocara la punta del zapato con la de su bota.

Así trascurría la vida para la muger, que envuelta en su eterna basquiña de alepín y tocada con espesa mantilla, no veía en el hogar doméstico mas que una cárcel y unos alcaides en sus padres, su marido ó sus parientes.

El sistema era duro, amigo Lanas, lo confieso, y merecía una sensata reforma; pero como nosotros andamos á saltos, de un brinco nos colocamos en el extremo opuesto, donde estamos hoy, y Dios sabe del segundo brinco adónde iremos á parar.

Tú conoces al amigo Lucas y sabes sus despreocupadas ideas sobre todas las cosas; no estrañarás por lo tanto que haya criado á su hija Adelaida con arreglo al último sistema puesto en práctica por la sociedad elegante.

Adelaida tiene ahora unos veinte años y es lo que se llama una guapa moza. No te diré que es blanca como la nieve y sonrosada como la aurora y esbelta como la palmera, ni que sus ojos son azules como el cielo, sus labios de carmín, sus dientes de perlas y su cuello de cisne, porque no sientan bien estas ridículas comparaciones, sacadas de los tres reinos de la naturaleza, en quien de poeta no tiene achaques, y sobre todo, porque despues de semejante descripción te quedarías probablemente tan á oscuras como antes acerca de la belleza de Adelaida, á quien no has visto nunca. Me parece mejor decirte que es alta, que es rubia, que es hermosa y que tiene el cutis mas fresco, mas delicado y mas trasparente que he visto en mi vida. En fin, una muger como Adelaida sería mi sueño dorado, si el interior correspondiera á la fachada.

Pero Lucas la ha educado á su modo, co-

mo se educan hoy casi todas las jóvenes, y la chica, que tiene la figura de un ángel, es en realidad un diablillo.

Desde niña aprendió á hacer su santa voluntad en todo en tanto le vino á las mientes, así es que no puede sufrir una contrariedad, porque se le resienten los nervios, segun ella asegura, aunque á mi parecer es que la bilis se le desborda. Primero le acometieron caprichos infantiles, que en ocasiones tenían hasta gracia; destrozaba las muñecas, arañaba á los gatos y derramaba la tinta en el sombrero de su padre que se veía al salir á la calle cubierto de un sudor negro que le corría por el cogote abajo; despues desplegó sus ínfulas tiránicas en las compañeras de colegio, que tenían poco mas ó menos el mismo carácter, por cuya razón jamás podían entenderse y últimamente ha sacado de quicio la cabeza de mas de veinte pollos de estos, cuyo cacumen está en razón inversa de su osadía.

Porque Adelaida cuando se vió muger y rodeada de mil adoradores, abandonó su corazón al primero que se atrevió á declararle su cariño, y terminado aquel amor aceptó el de otro mozalvete, y luego el de otro, y así sucesivamente hasta formar una lista como la de la suscripción para los desgraciados de Manila. Y no es esto decir que Adelaida sea coqueta, eso no; solo tiene un novio despues de otro; no hace como algunas de sus amigas que tienen dos ó tres al mismo tiempo.

No hay reunión amistosa á que ella no asista, y como en la actualidad todas las familias tienen reuniones, quiere decir que Lucas está de fiesta cinco noches de las siete de la semana. Por supuesto que en las dos noches restantes Adelaida va al teatro, porque no es justo que la pobre chica que ha pasado todo el día haciendo como que cose, tocando el piano, muy mal por cierto, y sonriendo desde el balcón á media docena de pollos que casualmente pasean á todas horas la calle, no es justo, repito, que guarde tambien clausura por las noches como si fuera una monja penitente.

La principal diversion de esas reuniones es el baile: Adelaida es adoradora de Terpsicore, y sus piés están en continuo movimiento desde que se toca el primer vals hasta que suena la última nota de la última polka.

Y aquí quería yo conducir mi cuento para contestar á tu pregunta: ¿Adónde vamos á parar?

Años pasados, no hace muchos por cierto, la mano de una muger era una joya preciosa que nadie se atrevía á tocar; si por acaso un hombre acercaba á ella la punta de los dedos en ciertas ocasiones que la educación exige, aquel hombre se mostraba tan ufano como si hubiera alcanzado un terno seco de la lotería que ya no existe, gracias á Dios. Y solía acontecer que se enamoraban dos chicos cuando andaban él á la escuela y ella á la labor, que continuaban queriéndose al llegar á la juventud y que al decidirse á estrechar sus vínculos de cariño con otro indisoluble, el gran favor que la novia habia otorgado al que iba á ser su marido era el de estrechar su mano por un breve instante y en un momento de expansión de que no pocas veces se arrepentía.

Hoy lo hemos arreglado de otro modo. El primer zascandil que se presenta en una casa tiene derecho desde el primer día de estrechar y apretar y estrujar, si le dá la gana, la mano de la honrada y grave madre de familia, la mano de la joven que vá á unirse con el hombre que ama al pié de los altares, la mano, en fin, de la púdica doncella. Y el marido y el padre y el amante han de consentir esta libertad, so pena de cargar con la nota de ridículos.

A mi me ha repugnado siempre esta costumbre, y eso que soy un hombre barbudo, y no sé como la consienten las mugeres. Manos hay que es imposible tocarlas sin guantes, sobre todo durante el verano, y solo la tiranía

de la moda puede autorizar que una manecita blanca, delicada, suave, tierna, se vea magullada por una manaza morena, áspera, musculosa, y sobre todo... perdona lectora de estómago débil, pero es preciso que te presente la verdad desnuda, ó mejor dicho la verdad aceitosa, por una mano sudada.

Otra prueba de cariño que daba por aquel entonces una muger enamorada era entregar su retrato al elegido de su corazón. El hombre que poseía la imagen de una joven, poseía también indudablemente su amor, un retrato era una prenda de inestimable precio, un lazo de antiguo y probado afecto, una promesa de matrimonio casi siempre.

Hoy la fotografía ha vulgarizado el retrato, y sabido es que lo que se vulgariza se desprecia; así es que el retrato de una muger no significa otra cosa que el retrato de una muger. Si la retratada es bella, su imagen se ambiciona, como se ambicionan las reproducciones de la Venus de Milo, y se coloca en el álbum donde se conservan además las efígies de Napoleón III y de Blondin, de Garibaldi y de la muger barbuda. El amante preferido no obtiene más que el amigo de la casa, que el conocido á quien se saludó una vez en un baile, que el extraño que ha podido alcanzar una tarjeta por mediación de la doncella. Tú me dirás, ¿qué mas ha de conseguir el amante que un retrato? Es cierto, está bien recompensado, pero el mal estriba en que todo el mundo alcanza la misma recompensa que el amante, sin tener sus derechos.

Pero ni antes, ni ahora, ni nunca ha tenido un amante derecho para abrazar á su novia, y sin embargo, hoy consigue abrazar á una muger todo el que se lo propone, siempre que la muger sea una muger medianamente educada.

No te lleves las manos á la cabeza, amigo Lanas, no exagero; lo dicho, dicho está, y la prueba al canto. ¿Qué muger medianamente educada no baila? ¿Y qué es el baile sino un abrazo continuado? No soy enemigo del baile, es decir del baile decoroso, del baile digno, hasta del baile gimnástico, si esta espresión me es permitida, porque distrae honestamente ó desarrolla las fuerzas físicas; pero ¿qué tiene que ver con ese baile el impúdico zarandeo que hoy se estila? Y eso que no me refiero á las polkas íntimas, ni á las habaneras desmayadas, en las que las parejas se confunden y se identifican, apoyando ella la cabeza sobre el hombro del compañero, rozando él con sus labios el rostro de la compañera, que de tales bailes no creo prudente decir nada; sino que hablo de los bailes que se usan entre las personas que se llaman decentes.

Yo quiero que me diga la mamá mas partidaria del baile, si para dar una vuelta de vals ó de mazurka, no es indispensable, absolutamente indispensable, que el hombre rodee con su brazo la cintura de la muger, y que la estreche contra su pecho. ¿Es esto verdad? ¿Y esto en castellano no se llama dar un abrazo?

Tenemos, pues, que la muger hoy dá la mano á todo el mundo, que entrega á todo el mundo su retrato y que se deja abrazar en repetidas ocasiones; solo falta que el beso, admitido ya en otros países, se connaturalice en el nuestro, cosa que no estrañaría atendiendo al furor que nos ha entrado de imitar todo lo malo del extranjero, y cosa lógica siguiendo la progresión ascendente que se observa en las libertades sociales.

Con tales libertades, con tales costumbres, ¿qué derechos le quedan al marido sobre la muger, que no tengan los demás hombres? ¡Ay Lanas de mi alma! permíteme que corra la cortina de mi gabinete fotográfico para que no se entere nadie de las figuras que acaban de aparecer en el cristal, que no soy yo aficionado á penetrar secretos de la vida

doméstica, y hay cuadros que es imposible exponer al público so pena de recibir una merecida censura.

¿Sabes lo que le sucede á Adelaida, la hija de Lucas de quien te hablaba antes? Que encontró un hombre que la amó con verdad y trató de casarse con ella, pero conoció sus aficiones y prefirió quedarse soltero á unirse á una muger tan manoseada y tan abrazada por sus amigos y conocidos. Adelaida no ha hecho caso, porque tiene todavía pocos años, pero mas adelante ó variará de conducta, y ya será tarde, ó se casará con el primero que se lo proponga, sin amor y sin esperanza, para ser desgraciada y llorar sus pasadas ligerezas.

¿Adónde vamos á parar? digo yo ahora, repitiendo tu pregunta. No lo sé, amigo Lucas; probablemente á un estado parecido al de la vecina Francia, donde se cuentan como cosa corriente pormenores de la vida íntima que en España ruborizan todavía á un guarda canton, donde se bailan en sitios públicos, hasta en los teatros, bailes capaces de afrentar á una de nuestras mas indignas mugerzuelas; donde la edicion de una novela inmoral se agota en pocas horas; donde el desenfreno no se cubre siquiera con el manto de la hipocresía, y prefiere presentarse en toda su repugnante desnudez.

Tú quieres saber, amigo Lucas, adónde vamos á parar, y yo estoy tentado á creer que lo mejor es no saberlo, sino que conviene cerrar los ojos para no ver tantas lástimas que nos han de poner tristes, y dejar que ruede la bola, porque no somos nosotros los llamados á reformar el mundo, y además los reformistas han solido tener un fin desastroso y no me siento con inclinaciones de mártir. Me limito, pues, á decir lo que me dicta mi corazón, no como homilía indigesta, sino como impresiones de un viaje al rededor de la muger.

El estilo de mi carta, amigo Lanas, es algo *crudo*; pero me ha parecido que el asunto no podía tratarse en estilo *cocido*; así y todo no conseguiré otra cosa que atraerme la animadversión de muchas pollas apasionadas por los adelantos de la sociedad actual.

Siga cada loco con su tema, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga; y si tomas muger, Lanas honrado y Lanas bueno, haga el cielo que tropieces con una que no sea aficionada á bailes y que no te convierta en un verdadero Juan Lanas. La claridad con que te hablo te demuestra el verdadero afecto que te profesa tu antiguo amigo.—Lopez.

RAFAEL BLASCO.

LA INUNDACION DE ALCIRA (4).

En la tarde del 3 del actual negros y erizados nubarrones se alzaban en el horizonte de Alcira, los cuales furiosamente agitados á las once de la noche por un viento huracanado, formaron espesa nube, que arrojando copiosa lluvia amedrentaba los ánimos mas fuertes. Con cortos intervalos continuó el temporal durante el día 4 y su noche, en tanto que el Júcar rebasando sus márgenes, invadía la parte baja de la población, inundándola por completo al oscurecer de este último día. A las nueve las aguas se elevaron desde diez palmos hasta veinte y cuatro, sosteniéndose en esta forma hasta las dos de la mañana del 5, en que lentamente empezaron á descender, retirándose por la tarde, si bien dejando en las calles cerca de 4 palmos de cenagoso fango que en algunos puntos aun no ha desaparecido. En las cinco horas del mayor descenso de la avenida, esta

villa ofrecía un aspecto espantoso. Las aguas la cruzaban con un curso veloz arrastrando maderos, muebles y artículos de comercio; reinaba un imponente silencio que únicamente interrumpía el rumor de sus corrientes, el choque que rudamente recibían los edificios de los objetos que flotaban, los golpes para el horadamiento de tabiques que facilitaban el paso á los vecinos, que dejando sus ruinosas habitaciones buscaban anhelante seguridad en las contiguas; los quejumbrosos ayes de los que reclamaban auxilio por tener cubierta su morada por las aguas, y de los que viéndolas desplomarse se refugiaban en las inmediatas á merced de una tabla, los roncós berridos de 1.200 caballos, el bramido atronador de 80 bueyes y el áspero gruñido de 400 cerdos que dejaban de existir; iluminaba este cuadro el siniestro fulgor de los continuos relámpagos recargando sus tintas con terrible aguacero y el estrépito de un incesante trueno aterrador.

Amaneció el día 5 y las calles se hallaban obstruidas por caballos muertos que conducían las aguas ó quedaban diseminados por ellas á la vez que los vecinos contemplaban apenados los desastres ocurridos y la pérdida de sus fortunas. Un suceso de tanta magnitud habia de ser fecundo en lamentables consecuencias, y desgraciadamente así se realizó. A las seis de la mañana se desplomaron tres casas contiguas en la calle de la Salinería, sepultando entre sus ruinas diez y seis personas, é inmediatamente los vigilantes Pedro Mondria, Francisco Verdú y Vicente García, y los paisanos Enrique Campos y José España, obedeciendo las órdenes del Sr. Juez de primera instancia, denodadamente se arrojaron al agua, y salvando su altura, y sin arredrarles el justo temor de los escombros recientes, y sin reparar en los restos amenazantes que quedaban en pie, estrajeron seis de aquellas que menos una trasportaron en hombros á la casa próxima de la indicada autoridad que los recibía personalmente por un balcon bajo, mediante á la elevación que todavía conservaban las aguas en la entrada, siendo asistidas por dicho Sr. Juez y por los hermanos D. Eduardo y Doña Angelina Caldes, mudándoles ésta sus mojadas ropas con las que la misma facilitó, y otras que por diversos medios consiguió dicho Sr. Juez, prestándoles los primeros auxilios hasta que muy luego fueron curados por el médico forense D. José Estruch, debiéndose á tanto desvelo y á la caritativa solicitud que todos los antedichos desplegaron, el que actualmente se encuentren restablecidos cuatro de los referidos heridos y dos en convalecencia, quedando víctimas las diez restantes, no obstante de que por cuarta vez se intentó en el propio día por tan celosa autoridad la remoción de los escombros de lo que tristemente tuvo que desistir por las dificultades insuperables que se presentaban. A la vez ocurrían análogas escenas en diferentes puntos de la población, debiéndose entre otras mencionar el desplome de un edificio junto á la Iglesia de San Juan, que envolviendo entre sus ruinas trece personas, las sacó ilesas el Teniente Alcalde D. Salvador España, secundado por dos parientes de aquellas y la angustiosa situación de una muger que encerrándose dentro de su casa compuesta solo del piso bajo, notaba elevarse rápidamente las aguas, viéndose precisada á colocarse sobre una silla en el último tercio de su morada, hasta que apercibidos los vecinos por las voces que daba reclamando auxilio, acudieron á su socorro los hermanos Cayetano y Antonio Carreres, sacándola por un agujero que practicaron en el tejado.

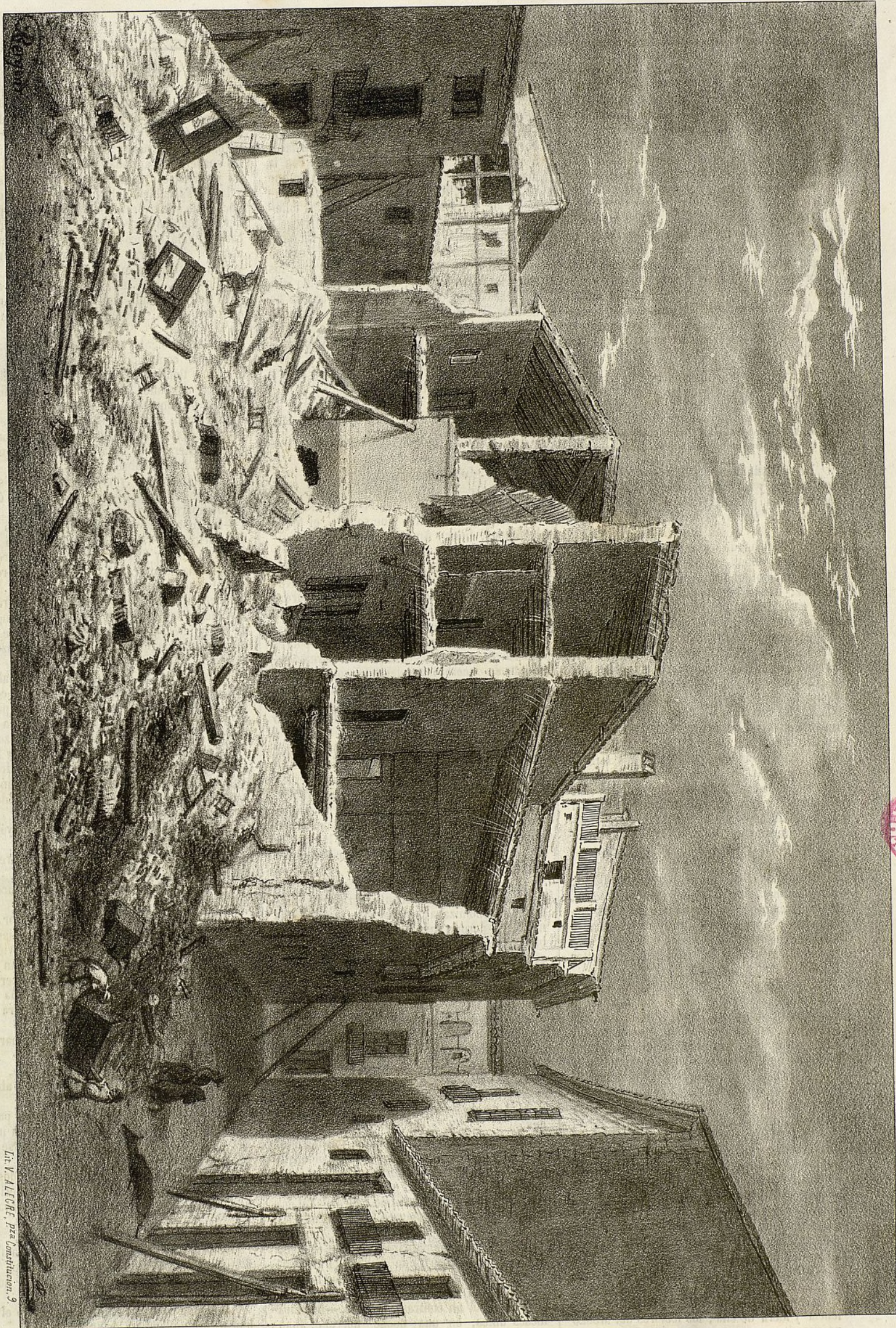
Por la tarde del mismo día, nueve hombres se encontraban aislados en una casa inmediata al margen opuesto del río, y dando parte al indicado Sr. Juez sin dilación se constituyó en una torrecita del muro, auxiliado del escribano D. Eduardo Caldes, sargento de la Guardia civil, D. Manuel Zerezo, y cabo de vigilantes

(1) Este artículo y otros que publicaremos en los números inmediatos sobre la inundación de Alcira, son debidos á un testigo ocular y por lo tanto creemos que serán leídos con gusto por nuestros lectores.



Lit. V. ALICIA, Pza. Constitución, 3.

Vista general de Alcira durante la inundación,
en la madrugada del 5 de Noviembre de 1864.



Plazuela de Casassus despues de la inundacion. (Alcora)

En V. ALICÓRE, pza Constitución, 3

Cristóbal Gimeno, y desde ella y corriéndose despues por la muralla que rudamente batía la avenida todavía creciente, logró comunicarse con aquellos, averiguando el punto mas acertado por donde podrian ser socorridos, les remitió alimentos que condujo, con la única barquilla que existía, su intrépido dueño José Plá, trasportándoles á la poblacion al siguiente dia; al mismo tiempo en la calle Nueva se despelmó otro edificio envolviendo sus escombros siete personas, y no obstante de que era el sitio en donde mayor altura conservaban las aguas dentro de la poblacion, se trasladó la propia autoridad con el escribano Caldes y médico forense, consiguiendo extraer seis de aquellas que quedaron en la casa próxima del médico Sr. Alcon, siendo curados y asistidos convenientemente, quienes, menos uno que murió en aquella noche, los demás se encuentran restablecidos.

BIBLIOGRAFIA.

Episodios de novela, cuentos originales y traducidos, de D. C. Calvo Rodríguez.

No se distinguen ciertamente nuestros dias por la vida y movimiento literario. Los fabulosos éxitos políticos hablan y acaloran hoy dia mas las malas pasiones de la juventud, que antes los éxitos literarios la mente y la noble emulacion de los amantes de las letras: así es que vemos muchos periódicos políticos salir al medio del cenagoso estadio de la vida pública, donde respetables principios cruzan y se combaten en pró de despreciables individualidades y mezquinos intereses; y solo de vez en cuando vemos aparecer un libro nuevo que venga á reanimar el amor al arte, que se estingue lastimosamente en el público.

Nótese que, al decir esto, prescindimos completamente de la gran mayoría de esos libros que con la denominacion de novelas ilustradas se publican por entregas, escritos no solo por la hez de nuestros escritores, sino por la hez de nuestra sociedad, nos atreveríamos á decir, si no fuese porque se puede ser un ciudadano apreciable y estropear, no obstante, la gramática castellana, desconocer la geografía é ignorar, en suma, otras nociones precisas en toda educacion mediana; que todo esto acontece, aunque parezca mentira.

Prescindiendo, pues, de estos libros, verdaderamente tales se publican muy pocos. Hoy queremos ocuparnos de una de estas excepciones; uno de esos libros que, mejores ó peores que otros, cualquiera que sea el mérito que tengan, revelan al menos en su autor á un literato, á un artista.

Episodios de novela, coleccion de cuentos originales y traducidos, de D. Carmelo Calvo Rodríguez, que este es el libro á que nos referimos, es uno de esos escasos volúmenes que pueden abrir las personas de gusto, los hombres que tienen en algo ó en mucho la buena forma, que gozan con las bellezas de estilo y que celebran mas algunos pensamientos escogidos, revestidos con una dición fácil y elegante, que una fábula inverosímil.

Tales condiciones reúnen las novelitas de nuestro amigo el Sr. Calvo. Dicho lo tenemos todo con esto: en ellas, en esas pequeñas producciones, el interés no resulta de la complicacion de los sucesos, sino de la manera de desarrollar el pensamiento íntimo que sirve como de tema al autor, y que acompañando constantemente á la accion concluye con ella en su desenlace.

Calvo Rodríguez tiene, por otra parte, justificado cuanto decimos y pudiéramos añadir: conocido ventajosamente del público en Valencia y fuera de ella, los lectores del MUSEO no necesitan creernos para creer lo que respecto á su nuevo libro decimos.

Y no decimos mas; no porque mas no se pueda decir en su elogio, sino porque disponiendo de poco tiempo, no pensábamos estendernos mucho, ni aun tanto.

Vamos á concluir. Escriba el Sr. Calvo obritas como la presente, si quiere satisfacer á nosotros los vanidosos que creemos con la mayor buena fe tener sobre las cejas algo que no se vé con los ojos; ó escriba novelas sacadas de los dramas judiciales y de los folletines franceses para que las ilustre Ortego y las edite Manini, si quiere *lucrar* con su pensamiento; ó escriba en *Las Noticias*, que si no es tan censurable como escribir para los suscritores de Manini, es mas socorrido que publicar libros en la provincia en que se ha nacido, donde solemos decir de un autor sus amigos:

—Este chico tiene talento—parece mentira—vino conmigo á la escuela.

Dicho lo cual, le murmuramos un poco y no compramos su libro.

P. M. Y.

LAS ÁNIMAS.

(Continuacion.)

VIII.

Una tarde á tiempo que sonaba el toque de ánimas, Juan y Andrés se ponian en camino con direccion á su aldea.

—A esta misma hora, dijo Juan, salimos hace seis años del mismo sitio á donde volvemos ahora, á esta misma hora te encontraron, pobre amigo mio, sofocado bajo los cadáveres de nuestros hermanos de armas... Recemos, Andrés, recemos por ellos, y por sus pobres desconsoladas familias que llevarán eternamente luto en el corazon, y demos despues gracias á Dios porque te salvó milagrosamente de la muerte, y porque nos ha permitido volver á nuestra casa, que tantas veces hemos creído no ver mas.

Y Juan se arrodilló y oró fervorosamente pidiendo á Dios que alejase de la mente de Andrés los viles pensamientos que le atormentaban; Andrés le imitó, arrodiliéndose tambien, y quiso murmurar una oracion, pero el demonio de la envidia que de él se habia apoderado no le permitió recordar ninguna de las que le enseñó en los tiempos de su infancia el santo sacerdote de la aldea.

Y emprendieron su camino.

Juan y Andrés llevaban algun dinero; Andrés lo economizaba por avaricia, Juan lo economizaba porque aquel dinero era para su pobre padre, que, á instancias suyas, habia dado seis años antes á las pobres víctimas de un incendio, el trigo que tenia en su granero.—Habian decidido que, siendo como era el tiempo muy apacible, dormirían en el campo, velando el uno mientras reposase el otro.

Y así lo hicieron, cuando ya muy entrada la noche sintieron la necesidad de dar algun descanso al cuerpo.

Juan veló el sueño de Andrés, sueño intranquilo y doloroso,—que no puede dormir sosegado el hombre poseído de mezquinas pasiones.

Andrés veló el sueño de Juan, que durmió, al lado de su enemigo, á quien habia oído jurar su muerte, tan tranquilamente como en su propio lecho y en su propia casa, como si estuviera al lado de su mismo padre.—Tal era la confianza que le inspiraba á Juan la misericordia de Dios.

Horrible lucha entablaron, durante el sueño de Juan, en el espíritu de Andrés la envidia, el miedo y la codicia, —que tambien se le ocurrió robarle el dinero que llevaba.

Era aquel un contraste notable.—Algunos meses antes, en una noche horrible, Juan buscaba con amoroso afán, y lleno el corazon de angustia y temor, á su amigo Andrés y le

salvaba la vida, y en otra noche serena y apacible, en la que la naturaleza ostentaba toda su belleza, y en la que, en vez del estertor de los moribundos, y el pavoroso graznido de las aves de rapiña, y el alerta de los centinelas, se oía el grato rumor de las hojas de los árboles suavemente agitadas por la brisa, y el tierno y misterioso canto de las aves inofensivas, y las inesplicables dulcissimas armonías de las noches de primavera, Andrés pensaba sorprender á su amigo y protector dormido, y arrancarle la vida generosa, y añadir al crimen del asesino, el de ladrón cobarde, y el mas horrible y repugnante de la ingratitud.

—Se casará con ella, decia Andrés, y ella y él se reirán de mí, que viviré solo, sin nadie que me quiera, condenado al suplicio de ver su felicidad.

Instintivamente sacó del cinto una navaja que habia comprado algunos dias antes; pero al mismo tiempo vió alzarse enfrente de él una sombra, una nube blanca, que tenia la figura de una persona envuelta en un sudario, y la navaja se le cayó de las manos, y se deslizó por la cuestecita en cuya cima se hallaba, y sonó al caer en el agua de un arroyo que al pie de la cuesta habia.

Volvió á mirar, y no habia nada; la sombra ó habia sido una ilusion de su mente, ó habia desaparecido.

—Es imposible, volvió á pensar, que yo vea, sin morirme de rabia y desesperacion, la felicidad de Juan y Teresa. Ella no me quiere, no me querría aunque Juan no existiera; pero yo no quiero que quiera á Juan ni á nadie... Y si Juan no vá, no querrá á nadie, y no se casará, de fijo que no se casará... y yo me habré vengado de ella y de él, y ya no sentiré este terrible tormento, este fuego que me abrasa el corazon y la cabeza... Concluyamos de una vez.

Buscó la navaja y no la halló; miró al arroyo, y allí la vió brillar, y le pareció como que estaba sostenida en el agua con la punta en direccion de su pecho; á su lado habia una piedra, con la que podia aplastar la cabeza de Juan dormido; volvióse á mirar á éste, y luego fue á coger la piedra, pero sobre la piedra se alzaba imponente el mismo aterrador fantasma, que antes le habia parecido ilusion de su mente.

Andrés dió un grito de espanto, y cayó hiriéndose el rostro en la misma piedra.

Al grito de Andrés despertó Juan sobresaltado, temiendo alguna sorpresa.

—¿Qué es eso, Andrés?—¿qué ha sucedido?...

Andrés no contestaba, porque el pavor y la herida le habian hecho perder el conocimiento.

Gracias á los cuidados de Juan, volvió en sí, al ver la herida de Andrés, supuso Juan que habria quedado dormido y caído al hacer algun movimiento, ó que el miedo le habia fingido cualquier fantasma, que no seria otra cosa que la sombra de algun árbol.

Bajó la cuestecita con objeto de tomar del arroyo agua con que lavar la herida de Andrés, y al meter la mano en el arroyo, que era muy poco profundo, dió con la navaja abierta de Andrés.

Juan no podia adivinar lo que habia pasado, pero aquella arma en el arroyo era un indicio de que Andrés habia querido servirse de ella.

Cogió la navaja, la cerró, y dirigiéndose á su compañero lavó cuidadosamente la herida, que era muy leve, y le presentó la navaja, diciéndole:

—Toma; se te habrá caído del bolsillo.

Andrés tomó temblando la navaja, y ambos volvieron á ponerse en camino, porque ya la aurora comenzaba á iluminar el horizonte.

Juan fue el primero que interrumpió el silencio, preguntando á Andrés:

—¿Qué tienes Andrés? ¿te pesa volver al pueblo?

—No, contestó secamente Andrés.

—¿Qué te sucedió esta noche?...

—¡Nada!... Un vahído...

Y siguieron andando en silencio.

Llegaron á un sitio en que el camino estrechaba de tal manera que solo podían andar uno tras otro.

Juan pasó delante.

Y volvió el demonio á atizar en el corazón de Andrés el fuego de la envidia.

Era tan fácil en aquel sitio dar una puñalada á Juan, que sin volver el rostro, marchaba delante tranquilo y descuidado al parecer...

Y otra vez volvió á atormentar á Andrés la idea de la felicidad que esperaba á Juan, y ya se figuraba verle salir de la iglesia, llevando del brazo á Teresa, la muchacha mas buena y hermosa de la aldea, la que todos habían codiciado, y á ninguno había querido mas que á Juan.... y otra vez llevó instintivamente la mano á la navaja, é instintivamente la abrió, y quizás iba, en el vértigo que de él se apoderaba, á descargar el golpe mortal sobre su amigo, cuando sintió que una mano de hierro le oprimía el brazo, y que una voz, cuyo sonido recordaba, le decía severamente:—¡Hijo mío!.. La navaja cayó de sus manos, y Andrés quedó inmóvil como una estatua.

En aquel momento volvió la cabeza Juan, y vió á Andrés pálido y desencajado, que le miraba como un idiota; y de quien parecía haberse apoderado el pavor mas espantoso, y á los pies de Andrés la navaja, que recogió y devolvió á su compañero diciéndole:

—¡Toma! la vas á perder.

Juan no quiso preguntar á Andrés la causa de su espanto, que se la explicaba de este modo:

—Andrés quiere matarme, y no se atreve. Y luego añadió:—Cúmplase la voluntad de Dios, y él le perdone.

Y siguieron andando.

Llegó la hora de comer, y Juan comió, pero Andrés no probó siquiera un bocado.

La hora de la oración seria cuando llegaron á un pueblecito que no distaba mas que algunas leguas del suyo.

Y tambien cuando entraron en el pueblo, oyeron el toque de ánimas, que tantos recuerdos traía á la imaginación de Juan.

Andrés por la primera vez se estremeció al oír el toque de ánimas que tantas veces había oído con indiferencia.

Aquella noche se dirigieron á una posada, donde pidieron un cuarto para dormir, y se lo facilitaron de muy buena voluntad los posaderos, al saber que eran dos de los valientes soldados que con tanta gloria habían hecho la última campaña.

Las habitaciones no eran muchas en la posada, y en cada una de ellas cuando la concurrencia era numerosa, era preciso acomodar seis ó siete ó mas personas, que como eran por lo regular arrieros, traficantes, soldados y contrabandistas, gente toda avezada á trabajos mas rudos y á pasar muchas noches con la nieve hasta las rodillas, no murmuraban una sola queja, y se daban por muy satisfechos cuando podían pasar la noche bajo techado, aunque estuvieran apiñados ni mas ni menos que sardinas en banasta.

La concurrencia era aquella noche en la posada de lo mas escogido y muy numerosa, y Juan y Andrés fueron recibidos con ese entusiasmo y ese respeto que inspira siempre el que se presenta con el prestigio del valor ó de la virtud, ó de alguna gran cualidad de esas que no todos tienen en el mundo. Allí había algun que otro traginante, que aun llevaba en el cinto un par de onzas para gastárselas con los dos valientes, y Juan y Andrés tuvieron que aceptar poco menos que á la fuerza una espléndida cena que les ofrecieron aquellas buenas gentes con la mejor buena voluntad, y que con mejor voluntad todavía confeccionó la posadera, —que era una mugerona fuerte como un casti-

llo, aunque segun malas lenguas, no era su fuerte la fortaleza, y que aun conservaba su alma en su almario, y se alegraba y se entusiasmaba con solo ver un soldado, como le sucedía en los buenos tiempos de su juventud, antes por supuesto de casarse con su marido, que ni había sido soldado, ni en sus días las había visto mas gordas que su muger, que lo era de tomo y lomo,—y cuya cena consistía en un barreño de arroz con tropezones de jamon, dos á manera de conejos guisados, con mucha pimienta y clavo, cual convenia á gente de pelo en pecho, que en su vida había tenido tos ni alifafe de ningun género, una docena de truchas, pescadas por el posadero, que para pescar se pintaba solo, y unos cuantos cuartillos de lo tinto, que contribuyeron poderosamente á animar la reunión.

Y despues de cenar, no faltó quien, tomando la guitarra, entonase alguna de nuestras canciones populares, tan ingeniosas y filosóficas, y la posadera, y la moza de la posada, y otras tres mozas que á Madrid se dirigían, encargadas al ordinario del pueblo, y sin licencia del ordinario, deseosas de encontrar en la Corte colocación conforme con sus méritos y buenas prendas físicas y morales, bailaron tambien, luciendo el donaire que Dios les había dado, y haciendo mayor la expansión y alegría que reinaban bajo el ahumado techo de la posada.

Andrés era el único que, sombrío y alelado, miraba como un idiota aquellos rostros alegres, y aquellas graciosas posturas, y oía indiferente aquellas canciones, y aquellos dichos y aquellos sonidos melancólicos que una mano esperta sacaba de las cuerdas de la guitarra.

A las doce de la noche, el posadero, que era un hombre de orden, aunque posadero, y que no quería ruidos en su casa, y que siendo animal de costumbre, tenía la de dormirse siempre á la misma hora, dió punto á la fiesta, y mandó á cada mochuelo á su olivo, siendo así que el único mochuelo que allí había era él mismo, y cogiendo por un brazo á la posadera se la llevó en uso de su derecho, encerrando tambien á las tres mozas en una que él llamaba habitación, y no era otra cosa que el depósito de la paja que tenía para su gasto.

(Se continuará.)

CARLOS FRONTEIRA.



¡POBRE MARGARITA!

Romance.

I.

¿A dó va la niña bella
De prisa y tan de mañana
Con una rosa en el pecho
Cual es ella pura y blanca?
¿Vas á ver un caballero
Que en la fuente te esperaba?
Ya estrañé que allí estuvieses
Antes de salir el alba;
Ten cuidado niña hermosa,
Margarita la serrana,
Pon cuidado que en la fuente
Hoy no corre pura el agua,
Incauta, no bebas de ella,
Que se encuentra emponzoñada.
Ten cuidado con la rosa
Que al pecho llevas ufana
Que al soplo del caballero
No la veas deshojada;
No vayas lejos, hermosa,
Detente, bella serrana,

Que las niñas no están bien
De sus madres alejadas.
Vuelve á tu sueño tranquilo,
Inocente y confiada,
No creas al caballero
Si de su pasión te habla
«Que gusta mucho á señores
El burlar á las serranas.»

Y la niña de la rosa
Sonriente y descuidada
Sin escuchar estas voces
Se alejó por la enramada.

II.

¿De dónde viene la niña
Cuando el sol tibio se apaga
Tan cavilosa y tan triste
Con las mejillas tan pálidas?
¿Qué has hecho de aquella rosa
Que en tu pecho se ostentaba?
Que era de tu jardín, niña,
Y como tú pura y blanca..
¿Te la quitó el caballero
Y ora yace deshojada?
Muertas ya sus mustias hojas
Y para siempre olvidada,
¿Has bebido de la fuente
Y hoy estaba emponzoñada?
Ya te dije, niña hermosa,
«No salgas con la alborada
Vuelve á tu lecho inocente,
Cree, niña, mis palabras,
Que gusta mucho á señores
El burlar á las serranas....
No creas al caballero
Si de su pasión te habla,
Mas desoyendo mis voces
Te alejaste descuidada
Y te han robado las rosas
De tu pecho y de tu cara.»
Margarita estremecida
Sola, pálida, apenada,
Comprendió la pobrecilla,
Pero tarde, estas palabras,
Y suspiró tristemente
Penetrando en su cabaña.

VICTORINA FERRER Y SALDAÑA.

MENSAGERAS DE AMOR.

Balada.

Las mensageras de amor
Son aves, flores y auras.

En vano mis pobres ojos
Ciegos de tanto mirarla,
Le pintan el fuego ardiente
En que mi pecho se abrasa.
En vano doy á los vientos
Los suspiros de mi alma,
Para que al pie de sus rejas
Los arrastren en sus alas.

En vano, en la noche amiga
Cifro mi dulce esperanza;
Pues nace el sol, y mis ojos
Siempre la encuentran ingrata.
Ella es jóven, es hermosa
Como la ilusión soñada;
Es pura como los cielos
Donde las estrellas vagan.

Mas ¡ay! la niña sonrie,
Y mis angustias no calma;
La niña no me comprende....
Y yo no puedo olvidarla.

Aves, que sois de los bosques
La música regalada,
Venid, llevadle el secreto
Que ardiente mi pecho guarda.
Flores, que de aromas llenas
Tornais vergel su ventana;
Mostradle vuestro rocío
Y recordará mis lágrimas.

Y vosotras, auras puras,
Que besais su frente pálida,
Decidla cuánto la adoro,
Y mis recuerdos llevadla.

Las mensageras de amor
Son aves, flores y auras.

A. F. GRILO.

Á SU TRENZA.

Y una vez y otra vez y cien la miro
Y ansioso late el corazón oprimido
De amarguras sin fin vierto un suspiro
Y llorando de amor la doy un beso.
Y la trenza al besar, Amparo mía,
Busco tus ojos y querubea frente,
Y busco, y busco, y al morir el día,
Mi pobre corazón, dice, *está ausente*.
Y beso, y beso con delirio santo
La que me diste trenza primorosa,
Gozo al besarla indefinible encanto,
Me parece besar tu frente hermosa.
De los que un día jugaré con ellos
Adorno de tu céntrica hermosura,
Encanto mío, de tus rizos bellos
La formó de tu pecho la ternura.
Perfumes del eden ella atesora,
Y la pluma finísima del ave,
Que en lago azul enamorada mora
Cual su sedoso cabello no es suave.
La cinta de purísima blancura
Que entretege el finísimo cabello,
Es un lazo de amor y de ternura,
Del sol de tu pureza es un destello.
Es como el manto de la noche, negra;
Recuerdo dulce de amorosa tarde,
Mi entristecido corazón alegre
Que el fuego siento que en sus hebras arde.
Y una vez, y otra vez, y cien la miro,
Y un poema de amor en ella leo.
Su perfume, es tu cándido suspiro,
Su belleza, tu plácido deseo.
Dijiste; alcanza inmarcesible gloria,
Para que luches, y tu brazo venza,
Talisman misterioso de victoria,
Amuleto de amor, *ahí va mi trenza*.
En el revuelto campo de batalla,
Rayo es de muerte su temido acero,
Es un niño. ¿Dó va? ¿La férrea malla
No causa la niñez del caballero?
No, no. ¿Le ves? bajo la malla late,
Un corazón en el luchar valiente;
Allí dó está el peligro, allí combate,
Y la victoria allí cibe su frente.
Crece, y crece su ardor en la pelea,
Y su brazo de niño no se rinde,
Un lauro ya ganó, mas mil desea,
Cuanto la lucha gigantesca brinde.
Sobre el pecho del niño el viento orea
Hermosa banda que bordó su amante,
Ella anima su brazo en la pelea
Y por ella alcanzó lauro brillante.
Que siempre, siempre la victoria alcanza,
Quien siente y vive respirando amores,
Cuando lucha le alienta la esperanza,
De aspirar del amor las bellas flores.
«Alcanza, has dicho, inmarcesible gloria
»Para que luches y tu brazo venza,
»Talisman misterioso de victoria
»Amuleto de amor, *ahí va mi trenza*.»
Lucharé, lucharé, mas no el acero
Rayo de muerte blandirá mi mano,
Con el orgullo lucharé primero
De la ciencia después con el arcano.
Que es la ciencia mi campo de batalla,
La espada vencedora, el buen deseo,
La virtud del sufrir, cota de malla,
La fe el escudo, y la verdad, trofeo.
Y en esa lucha colosal que ansío
Armado de la fe vuelo al combate,
Que Dios la frente del que vive impio,
Entrega de la duda á eterno embate.
A luchar, á luchar, y de la gloria,
Cuando la cumbre mi constancia venza,
El eterno laurel de la victoria,
Tu frente ha de ceñir, *tuya es la trenza*.
EDUARDO GOMEZ MAZPARROTA.
Gandia y Julio del 59.

LA HIJA DEL CORONEL DESPARD.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

(Continuación).

Todas las mañanas entraba Mrs. Best á visitar á Elena, á quien siempre encontraba con los ojos humedecidos de lágrimas; co-

mian juntas, y después, si el tiempo lo permitía, salían á dar un paseo por el campo. Lo restante del día lo pasaban ocupadas en faenas de su sexo, y por las noches solían jugar al dominó.

Así pasaron dos semanas, y mientras se hizo la venta de los muebles de la casa de Despard.

Mrs. Best había tomado tanto cariño á Elena que la quería y contemplaba como si fuera hija suya, y pidió á su esposo que la dejara estar por más tiempo en su compañía para no separarse tan pronto de ella.

Todos los domingos el sacerdote que había auxiliado á Despard iba á la quinta á celebrar los oficios divinos, y luego pasaba toda la tarde con ellos acompañándolos á dar un paseo por aquellas bien cultivadas campiñas.

Un día este sacerdote que era modelo de virtud y sabiduría, dijo á Sergeant Best:—Señor: una hermana de la caridad me ha mostrado deseos de ver á Elena, y yo os suplico que lo permitais.

Sergeant Best contestó:—Vos, como sacerdote, y como yo encargado también por Despard del cuidado de Elena, podeis permitir que la hable y visite la persona que querais.

A la mañana siguiente entraban en la quinta el sacerdote acompañado de una hermana de la caridad. Esta llevaba sobrepuesto al tocado un velo blanco que la cubría la cara.

El sacerdote habló primero á Mrs. Best y la rogó que entrara también con ellos al cuarto de Elena.

Condescendió Mrs. Best á la petición del sacerdote, y los tres entraron en el cuarto cuando Elena estaba leyendo la Biblia, y al verlos dejó el libro sobre la mesa.

Sorprendióse la joven al ver tan extraña visita, mas no lo dió á conocer y esperó que se la preguntara alguna cosa para hablar. El sacerdote la miró atentamente reparando al mismo tiempo en el libro que había dejado.

—Bondadosa Elena, la dijo con tierno sentimiento, vos habreis leído en ese sagrado libro, que nuestro Señor Jesucristo nos dice en la oración Dominical que pidamos á Dios que perdone nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. También sabreis por esa santa escritura que Jesucristo nos enseñó su doctrina con su voz y ejemplo. Nosotros, pues, no podemos ser buenos cristianos sin seguir su ley é imitar sus virtudes. Y yo quisiera ver en vos un ejemplo que nos pruebe vuestra conformidad en la oración que Jesus nos enseñó.

Mandad, padre, y haré cuanto vos querais sobre este particular para probároslo. Soy cristiana.

Entonces el buen sacerdote tomó de la mano á la hermana de la caridad, la hizo arrodillar á los pies de Elena, y dijo:—Os pido que perdoneis á esta pecadora como Dios ya la habrá perdonado al verla tan arrepentida de sus pecados y con un verdadero dolor de contrición.

—¿De qué la tengo que perdonar, quién es? contestó Elena con admiración.

—¡Mirad! dijo la religiosa descorriendo el velo que cubría su rostro.

—¡Cielos! exclamó la joven, ¿sois Mrs. Smith.

—Sí, Mrs. Smith soy, que habiéndolos causado imprecadamente tanto mal, un cruel remordimiento me desgarró el corazón y ahoga mi alma... El llanto le apagaba la voz. Yo por mi codicia, continuó, concebí el fatal proyecto de casaros con mi sobrino, y éste ha sido muy cruel para vos y para mí, porque ha visto contrariado su amor.

No se qué ha sido de él, ni en dónde está: el cielo le bendiga.

Yo, hija mía, he vestido este santo hábito para dedicarme á ejercer la caridad y lavar mis culpas en el limpio manantial de la penitencia. Ahora pido que vos me perdoneis para que Dios quiera también perdonarme.

Elena vertiendo un río de lágrimas y apenas pudiendo hablar de dolor, la levantó respetuosamente de sus pies concediéndole el perdón que pretendía.

Mrs. Best estaba atónita y pasmada de la elocuencia del sacerdote, el arrepentimiento de la religiosa y de la generosidad de Elena. Y daba gracias á Dios porque le había dado ocasión de ver cuánto influyen las máximas religiosas en el ánimo de las personas por pecadoras que sean ó hayan sido.

El sacerdote creyó terminada su misión por aquel día y tomando á la religiosa de la mano salió con ella de la habitación para regresar á Londres. Mrs. Best y Elena les acompañaron hasta la puerta de la quinta y no se retiraron hasta que perdieron el coche de vista....

Cinco meses habían transcurrido desde la muerte de Despard, cuando Sergeant Best dijo á Elena que se preparara para marchar á París, según la última voluntad de su difunto padre.

Vendidos á pública licitación todos los muebles de la casa, solo faltaba poner en práctica el viaje. Al efecto, fueron á Londres para esperar á embarcarse en el primer buque que se hiciera á la vela para Calais.

Mrs. Best había tomado tanta estimación á Elena que tenía gran sentimiento al pensar que muy pronto se separaría de ella.

Sergeant Best ajustó el pasaje en una fragata mercante que partía á los dos días que se verificó el ajuste.

Dispuestas las cosas para el viaje y llegado el día que tenían que partir, fueron á acompañarles hasta el buque Mrs. Best, el sacerdote, el escribano que hizo los inventarios, el cual era muy amigo de Sergeant Best, Juana y Damian.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.



EL MUSEO LITERARIO.

IMPORTANTE.

Con esta fecha hacemos el giro á cargo de nuestros suscritores de provincias.

Esperamos se servirán satisfacerlo con la puntualidad que tienen de costumbre.

Á NUESTROS SUSCRITORES EN AMÉRICA.

Queda nombrado corresponsal de EL MUSEO LITERARIO, en Caracas, el señor D. C. Perozo, á cuyo sugeto deben hacerse los pedidos de nuevas suscripciones.

VISTAS DE LA INUNDACION DE ALCIRA.

Se venden sueltas en la Administración del periódico, á 4 rs. una.

La colección completa de seis láminas, 22 rs.

A los suscritores de EL MUSEO LITERARIO, 20.

Se admiten suscripciones.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.